

Profes: El ser y el saber, apuntes para una reflexión sobre la labor del maestro

Ezequiel Dellutri (Argentina-Programa radial Tierra Firme)
ezequieldellutri@jvn.org.ar

Supongo que a todos los que ejercen la docencia les habrá pasado: de pronto, en un examen o en una clase, fijamos la vista en uno de nuestros alumnos, hemos pasado uno o dos años con él, tal vez menos, tal vez más, y viene la pregunta inexorable, fatal: ¿qué le he aportado en todo este tiempo? Con aires presuntamente revolucionarios, *La sociedad de los poetas muertos* (*Dead poets society*, 1989), del director Peter Weir, propone este dilema. Se trata de una película con clara tendencia al melodrama, pero reconozcámoslo: a quienes nos dedicamos a la educación, no deja de resultarnos fascinante la figura de John Keating, un profesor de literatura dispuesto a cambiar la vida de sus alumnos al atacar las convenciones sociales propias de un colegio de tradición inglesa, algo que, bien pensado, no resulta tan difícil de lograr. Al margen de sus planteos hollywoodenses, sobre el final nos brinda un «ramalazo» de realidad: educar en la libertad tiene sus riesgos. Sin embargo, la escena de cierre nos muestra con ciertas licencias la efectividad de esa búsqueda: Keating obtuvo un cien por ciento de aceptación en su propuesta, un resultado que cualquier docente envidiaría.

Con igualdad de temas pero diferente enfoque, tenemos esa pequeña y extraña pieza que es *Entre los muros* (*Entre les murs*, 2008), del director Laurent Cantet, película de fotografía documental pero fruto de un trabajo planificado que duró más de un año. Este film enfrenta al profesor de francés François con una serie de alumnos que tienen problemáticas tan reales y palpables, que sin tener una sola imagen cruda, la película produce un fuerte impacto. Al igual que *La sociedad de los poetas muertos*, *Entre los muros* propone al docente como un individuo destinado a establecer puentes que permitan superar las brechas entre cosmovisiones, historias, vivencias. François es paciente, pero también desespera. ¿Cómo no desesperar frente a la apatía? ¿Cómo no sentir que el esfuerzo es inútil frente al mundo cerrado que proponen sus alumnos?

No es ninguna novedad: vivimos en una sociedad de un individualismo feroz. Sin embargo, no somos nativos de la anomia, aunque muchos de nuestros estudiantes han navegado toda su vida en los ríos de la exclusión y la misma educación ha sido víctima del reduccionismo. Los docentes se convirtieron en receptáculos del conocimiento; su deber es transmitir saberes, pero olvidan que esos saberes se engarzan en la vida de personas que sienten y viven. Así que miro a mi alumno y pienso en el prodigio de que haya un mundo encerrado en una sola persona, uno que podría morir sin que nadie explore su geografía. «Qué gran desafío», pienso. Y entonces recuerdo a un maestro que hace un par de milenios veía cómo sus alumnos lo dejaban solo. Luego preguntó a los que le quedaban: «¿Quieren ustedes seguirlos?» Pienso: «¡Qué valiente fue ese maestro! No sé si me atrevería a preguntarles eso a mis alumnos». Y sin embargo, uno de ellos, tal vez no el más aventajado, tal vez no el mejor, le contestó: «¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna». Y pienso de nuevo: «¡Qué buena frase! ¡Qué buen maestro!» Porque en esa respuesta está la *palabra*, núcleo del pensamiento racional, del saber, del conocimiento; pero también está la *eternidad*, el espíritu, la trascendencia, la vitalidad.

He reflexionado mucho sobre los docentes que se han cruzado en mi camino: a algunos, muchos, no los recuerdo y se pierden en el peor de los laberintos, uno del que nunca se vuelve, el olvido. A otros, unos pocos, los tengo muy presentes. A éstos últimos podría dividirlos en dos clases: los que fueron muy malos y los que fueron muy buenos. La mediocridad es la más poderosa de las sentencias. Cuando vienen a mi memoria los buenos profesores que he tenido, no los recuerdo explicando sus temas. Han hecho bien su trabajo, lo sé: han dejado en cada clase su caudal de conocimiento. No obstante, lo primero que viene a mi mente cuando pienso en ellos es su postura, sus gestos, su sabiduría antes que su conocimiento. Entonces, para poder marcar la vida de alguien, hay que saber, pero no basta con eso, también hay que ser. Aun explicando el más complejo de los teoremas, las palabras de un maestro pueden transmutar en vida. Es el milagro de la docencia y es el enorme desafío de ser maestro.

Todo un reto.

Cítese así: Dellutri, E. (2011). El ser y el saber, apuntes para una reflexión sobre la labor del maestro. En: *Boletín Científico Sapiens Research*, Vol. 1 (1), p. 16.